

Recuerdos de Jairo Mercado Romero

José Luis Garcés González
Profesor Universidad de Córdoba
Miembro de El Túnel

.....
Aprendí varias cosas literariamente importantes de Jairo Mercado. Tuve, en su momento, la oportunidad de agradecersele. Y él, con su modestia y sus grandes ojos de chico bueno, sonreía. Con esa sonrisa de medio camino, donde la medida del gesto no cercenaba la alegría.
.....

La primera imagen que guardo de Jairo Mercado data de 1970. Quiero que sea agosto de 1970, no sé por qué. Las fechas tienen su mitología y su capricho. Lo conocí en el cuarto piso de un edificio de la carrera 9ª con calles 11 y 12 de Bogotá, donde tenía sede la Asociación Distrital de Educadores, en otras palabras menos solemnes, el sindicato de maestros. Allí, sentado en la estrecha cafetería, lo ví un día. Rectifico: lo oí un día. Le oí su voz de costeño, atemperada por los buenos modales y la cultura. Porque Jairo era eso: un hombre de modales pausados, con un fuego preciso pero controlado.

Si el recuerdo no me falla, y exijo que no me falle, estaba acompañado de Jaime Moreno García, Luis Ernesto Lasso, Abel Rodríguez, René Suárez, Roberto Adriano López y el entrañable gordito Alfonso Camargo, todos practicantes de la maestría, hombres a quienes luego la vida conduciría por distintos caminos. Era esa una época de fuertes luchas estudiantiles y populares en América Latina. En Chile, por ejemplo, estaba próximo el experimento electoral del socialista Salvador

Allende. La presencia de *Cien años de soledad*, en cuanto a literatura, estaba tomando auge en América y Europa. En Cuba, Casa de las Américas adquiriría un enorme prestigio entre los escritores e intelectuales del continente. En Colombia, las reivindicaciones políticas y estudiantiles de los universitarios, en torno a la FUN, forjaron las históricas jornadas de 1971. Los maestros y obreros colombianos se tomaban las calles para plantear sus protestas. En fin, todo parecía indicar que las entrañas de los pueblos situados entre el Río Grande y La Patagonia, empezaban a desperezarse y estaban prestas a echarse a andar.

Pronto supe que Jairo Mercado era escritor, y que en 1969 había concursado y obtenido una plaza en el Departamento de Español y Literatura de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Colombia. Y supe que él y Moreno García habían ganado o habían sido finalistas en concursos de cuento del Externado de Colombia y de la Licorera de Boyacá, cuando las licoreras no se preocupaban sólo por la embriaguez etílica sino también por

la embriaguez estética. Yo ya estaba mordido por la literatura, y ello obligó al acercamiento. Fue un hombre cordial. Y de inmediato ejerció su papel de maestro. Tenía, desde esa época, un volumen considerable de lecturas, y todo el que entiende de literatura sabe que eso tiene un peso formidable. Nuestras charlas eran orientadoras. Las recomendaciones de libros fueron precisas. No nos veíamos todos los días, pues en las grandes ciudades el tiempo no alcanza ni para vivir, pero cuando coincidíamos en la sede de la ADE siempre tuvo, como una especie de hermano mayor, la palabra que estimulaba, enseñaba o clarificaba. Aprendí varias cosas literariamente importantes de Jairo Mercado. Tuve, en su momento, la oportunidad de agradecerse. Y él, con su modestia y sus grandes ojos de chico bueno, sonreía. Con esa sonrisa de medio camino, donde la medida del gesto no cercenaba la alegría.

El 12 de julio de 1971 salió su primer libro de cuentos, *Cosas de hombres*, en el cual aparecen varios títulos premiados en diversos concursos de la época. Entre otros, *El fusil*, primer premio nacional de cuento de la Revista Nova en 1967, y *Un nombre para Rosario*, galardonado con el primer premio del concurso nacional patrocinado en 1971 por la alcaldía de Ibagué. La lectura fue una fiesta. Sus amigos no vacilaron en elogiar la validez del texto. Y luego, no sólo sus amigos: don Ernesto Volkening, por ejemplo, en el número 136 de la revista Eco, saludó la calidad meridiana de esos cuentos, y señalaba a Jairo Mercado como una voz mayor e indudable de la cuentística colombiana. El 30 de abril de 1972, el escritor y vitalista Roberto Ruiz publicó en el suplemento de Vanguardia Dominical, de Bucaramanga, un comentario titulado *Cosas de hombres. Itinerario de un período*, el cual encabezó con el siguiente párrafo: «La primera impresión que deja la lectura de *Cosas de hombres* es la de ser un libro escrito en una prosa rigurosamente sobria que, en ocasiones, gracias al tra-

tamiento cuidadoso y laboriosamente conseguido, y a sus imágenes profundas y significantes, alcanza un vigoroso aliento poético». El sábado 16 de agosto de 1975, el crítico francés Jacques Gilard, entusiasmado por la lectura del libro *Las mismas historias*, escrito por Jairo y su hermano José Ramón, con el cual habían ganado un concurso de libro de cuentos en Neiva, les hace una entrevista en Bogotá, cuyo texto fue publicado más tarde en el suplemento dominical del Diario del Caribe el 11 de marzo de 1979. Yo, modesto pergeñador de narraciones anónimas anclado en el frío bogotano, me aventuré en ese entonces a escribir un comentario de *Cosas de hombres*. Nunca lo publiqué. Se confundió en mi océano de libros, papeles, periódicos y revistas. Casi lo di por perdido. Esas siete páginas escritas a mano con un lapicero que fallaba y con una letra inclinada hacia la derecha, fueron rescatadas, al fin, en 1995 y espero verlas editadas en mi libro de notas sobre la literatura del Caribe colombiano. Ese mismo año, Jairo estuvo en la taberna Palabras, de Montería, y encontré la ocasión para informarlo del hallazgo. Quiso leerlas, le dije que todavía eran borradores, él insistió, pero la escasez de su tiempo no permitió que las mirara. No hay duda, Jairo Mercado fue un cuentista nato y legítimo. Echó raíces en el cuento y asumió el género con la entrega de los grandes iluminados. En su pebetero de escritor ardió por siempre la llama del cuento, pues entendió a tiempo, a diferencia de otros que lo ven como una expresión menor, que el texto breve encarna una grandeza sin titubeos y la posibilidad cierta de llegar al lector, que es el blanco inmediato y obligatorio de la escritura literaria, pues, como se sabe, el libro no es cuando se escribe sino cuando se lee.

Reordenando las cronologías, en 1982, Jairo fue invitado a ser jurado del concurso de cuento Casa de las Américas, en Cuba. El volumen *Cuentos de vida o muerte* apareció, financiado por la Universidad Distrital, en junio de 1984, del

cual, en la contracarátula, escribió concluyente Arturo Alape: «Un libro llamado a marcar un hito en la cuentística colombiana contemporánea tan rica en búsquedas y en encuentros». En 1987, la Universidad de Antioquia cuando la extensión cultural era dirigida por Luz Elena Zabala, le hace un reconocimiento por sus aportes a la literatura colombiana.

Echando un poco hacia atrás, en 1985 estuve en su casa del barrio Cedritos de Bogotá. Durante varias horas, en su biblioteca exóticamente ordenada, hablamos de literatura, sin hablar mal de nadie. Ese día Jairo me comentó de una novela que estaba escribiendo. Me dijo que se llamaba *El forastero*. Es más: me leyó unas doce páginas. Y allí estaban, traducidos a otras anécdotas, el ambiente de Naranjal, la atmósfera del pueblo que resiste el calor bajo los alares de las casas de palma, el paisaje de árboles inmensos y de matarratones empautados, la estampa de los hombres alocutados, misteriosos o silenciosos metidos en empresas o quimeras sencillamente irrealizables, como la de aquel primo que pretendía aprender a pilotar un avión estudiando por correspondencia. Había rastros de las aventuras del hermano Salvador, el de la irrefrenable vocación de carpintero, ése que construyó un bus de palo y que con placa, pito y breque lo llamó Mi chevrolito, y que salió a venderlo y nadie, a excepción de las bendiciones que sin levantar la cabeza le dio el cura García, le ofreció más de cinco pesos. Y estaba, con otro nombre, la estampa del padre, don Chú Mercado, montado, orgulloso y desafiante, sobre un hermoso caballo blanco, mirando desde su altura altanera a las muchachas jugosas del pueblo. Allí estaba el Jairo Mercado fiel a sus raíces, recreando todo ese universo del trópico que, aunque digan lo contrario los falsos cosmopolitas o los partidarios de la aliteratura que proclama Claude Mauriac, le da personalidad a una literatura que, partiendo de la narración válida de la aldea, ha conseguido reconocimiento universal. ¿Qué

.....
**Ser escritor en vida
no depende
exclusivamente del
talento, pero éste
parece ser, si no
indispensable, sí
necesario. El escritor
en muerte lo asume la
posteridad, que,
basándose en la
realidad de su talento,
le reconoce la validez
de su obra y lo divulga
por distintas
vertientes. Creo que la
vida condujo a Jairo
hacia la última
propuesta.**
.....

se hizo esa novela? ¿Acaso, como me refirió un amigo, subsistió con otro nombre?

Como yo había regresado a la Costa, nos vimos con más distancia. Ahora su hermano José Ramón, radicado en Cartagena, era el punto de contacto. Por él conocíamos de Jairo, de su viaje y permanencia en China, de su participación en la elaboración del Diccionario chino-español, de su periplo por Europa. En abril de 1996, durante una Feria del Libro, nos encontramos en Bogotá. Allí me entregó su libro de cuentos *Quinto patio*, publicado en febrero de ese mismo año, en el cual incluía su cuento Una pequeña nube pasajera, texto que había logrado el primer premio en un concurso que un año antes había patrocinado Cerromatoso

S.A., y en donde acompañamos al maestro Germán Vargas y a Isaías Peña como parte del jurado.

Vale decir que *Una pequeña nube pasajera*, escrito en Shangai en 1989, narra la historia de un hombre occidental que encuentra, en la parada de los autobuses de la ruta 18 de esa ciudad, a una joven china, «de rostro suave, translúcido, como un lirio en el amanecer». Y él la mira, la imagina, la desea, la aborda, y la hace suya sin haber, siquiera, utilizado el lenguaje articulado. En este cuento, donde Jairo sondea profundo el enigma del deseo y las coordenadas del azar, el escritor de Naranjal nos demuestra su destreza para la diversidad temática. No sólo narra los temas de la tierra que le gravita. Puede con cualquier tópico. Una pequeña nube pasajera tiene momentos de profundidad convincente. Refiriéndose, por ejemplo, a la joven mujer que está en el tálamo, escribe: «Quizá sus palabras eran otro ingrediente de las caricias y decía ruidos nada más por sentirse liberada de la cadena lógica de las significaciones. Hablaba, qué sé yo, sobre el estado del tiempo... O traducía en cifras cabales la copulación de la carne terrena con el universo con la simplicidad del acto sexual. Quién sabe. Confesión de soledad. Evasión del aciago mundo de la realidad. Estrategia contra la muerte. Ejercicio de libertad... Ceremonia de purificación. Quién sabe». Este cuento, que está inserto en la sección Sombras chinescas, al igual que *El muerto de Hangzhou*, y *El indescifrable profesor Bao Shu*, forma parte de su literatura escrita a partir de la experiencia China, y constituye, con los otros dos, una mirada válida y sin ideas fijas a la realidad múltiple del gigante asiático al finalizar el siglo XX.

Ese mismo año, 1996, Jairo Mercado dio a conocer un largo texto de investigación realizado con sus estudiantes de la Universidad Distrital de Bogotá, titulado *Literatura oral del Caribe colombiano*. El trabajo de campo se efectuó desde Urabá hasta la Alta Guajira y en él

participaron 17 estudiantes bajo la orientación del escritor. Entrevistaron a más de quinientas personas de diversa índole y de diferente ocupación, y recopilaron cuentos de animales, de brujas, de fantasmas, de aviatos, de aparecidos, de muertos, de tontos, de criaturas de la selva, anécdotas, chistes, testimonios, relatos de circunstancias y de gentuza de la más variada ralea. Esto produjo un volumen de 400 páginas que, organizado por Felipe Mercado Rico, conforma un importante corpus de la cultura popular del Caribe colombiano y latinoamericano.

En diciembre de 2001, mediante un convenio entre la Universidad Distrital y la Asociación de Jubilados Docentes de la misma casa de estudios, Trilce Editores publicó *Cuentos escogidos*. Este texto, que estuvo al cuidado de Guillermo Martínez González, contiene 20 cuentos y 11 artículos acerca de la obra de Jairo Mercado, fue bien recibido en los círculos literarios de Bogotá y es su última publicación como cuentista.

Sus dos últimos años, acompañado por Roberto Montes, Jairo Mercado se dedicó a elaborar una antología del cuento Caribe, tarea que en reiteradas ocasiones varios nos habíamos planteado pero que no había gozado de apoyo para su edición. Recopiló escritos, solicitó la colaboración de algunos amigos, leyó decenas de cuentos, redactó las notas biobibliográficas. Cuando lo creyó terminado, y ya corrían las aguas del 2001, se lo ofreció al Ministerio de Cultura. Al principio le dijeron que sí, luego, como casi siempre, que no, no había dinero para apoyar esa propuesta. Este trabajo, que es absolutamente necesario para el universo cultural de la Costa, aunque todavía se conoce poco, salió, según todo parece indicar, con los auspicios de la Universidad del Magdalena. Ésta es, pues, su postrera contribución al conocimiento literario de la tierra que lo vio nacer, crecer y apropiarse de sus historias y de sus fantasmas.

En enero de 2003, acompañado por su hermano José Ramón, estuvo en el Museo Romántico de Barranquilla, en la Universidad de Cartagena y en el Teatro Municipal de Sincelejo disertando sobre el cuento, género en el cual era un erudito. Ahora, el 14 de mayo de 2003, a Jairo Mercado se lo llevó la muerte, la que se va llevando lo mejor que en nosotros topa, si le creemos, y debemos creerle, al barbas de chivo autor del Relato de Sergio Stepanski. Uno, que cree en la inmortalidad, que no acepta la desaparición de los mejores, recibe la noticia y, de entrada, no sabe cómo reaccionar. Es un demolidor recto al mentón y hay que agarrarse a las cuerdas para no caer. Tanta basura regada por la calle, y no hay una guadaña que la recoja. Uno, que cree tener en la literatura un pasaporte para afrontar el golpe amargo o la puñalada matrera, se encuentra con la fragilidad e injusticia de la vida. No es justa la vida ni es justa la muerte. Y entonces cualquier berraquera queda desmantelada, pues al echar un ojo a nuestro alrededor, vemos que mucha de nuestra gente querida ya se ha ido, y lo que queda es la orfandad, la tristeza que nos arruga el alma, y la conciencia de que poco a poco se está estrechando el cerco.

Me aventuro a pensar que hay escritores en vida y escritores en muerte. Y serlo es un designio. Los escritores en vida, que son pocos, aunque hoy hay muchos más que antes, disfrutaban de sus obras y logran saborear el producto de su trabajo. Ser escritor en vida no depende

exclusivamente del talento, pero éste parece ser, si no indispensable, sí necesario. El escritor en muerte lo asume la posteridad, que, basándose en la realidad de su talento, le reconoce la validez de su obra y lo divulga por distintas vertientes. Creo que la vida condujo a Jairo hacia la última propuesta.

Pienso, pues, que con Jairo Mercado la vida fue injusta. O no la vida, los que manejan la vida literaria, vale aclarar. La calidad de su obra, de la cual hay muestras y testimonios fehacientes, no ha sido ampliamente reconocida. En la Feria del Libro de 2002, cuando el homenaje póstumo al maestro Rojas Herazo, Jairo contó anécdotas ciertas y descorazonadoras de la forma cómo son tratados los autores. Sus libros de cuentos, que no son producto de un truco de mercadeo ni de una moda efímera, resisten, y han resistido, el paso del tiempo y la ferocidad de cualquier lector exigente. Tendremos, qué pena, que esperar el transcurrir de los años para que su literatura, que logró traducciones a varias lenguas y estudios serios en diversas universidades del país y del extranjero, sea divulgada y valorada como su calidad se merece. Lástima que para esos instantes no tengamos a Jairo físicamente, para observarle su genuina alegría y su sonrisa mesurada. En mayo de 2004 se cumplió el primer año de su desaparición y todo, entre sangres y mentiras, parece seguir igual en esta nación que hace rato confundió la brújula de la dignidad y la justicia.

Montería, mayo-junio de 2004 **hU**